

## IBÓN DE SEN. RELATO ÉPICO



Cantad, oh dioses, el valor y la determinación de aquellos pocos elegidos entre las numerosas y aguerridas huestes del famoso Club del REICAZ que, a pesar del desánimo de sus compañeros cuyo valor ha sido tantas otras veces reconocido y demostrado, acudieron sin dudar a la llamada de la aventura montañera anunciada, sin temor a los augurios de frío, lluvia y exceso de nieves, desoyendo los cantos de las sirenas que les tentaban con promesas de largos encadenamientos de días ociosos pasados en las doradas arenas bañadas por las aguas y los tibios rayos de sol, o en los acogedores recintos donde se dispensan generosas viandas y libaciones en alegre compañía.

Desde que los heraldos anunciaron el plan de campaña para este año una fecha y una meta estaban marcadas con rojo de sangre en el calendario: el vigésimo octavo día del cuarto mes, aquellos cuyo corazón sea puro están llamados a concentrarse en el valle del Alto Cinca para recorrer el angosto y empinado camino que conduce a la orilla de las gélidas aguas del Ibón de Sen. Enseguida empezaron a escucharse voces dubitativas, rozando a veces con lo pusilánime: es pronto, está lejos, la posición de los astros no es favorable, la primavera no estará avanzada, está muy alto y habrá mucha nieve, es puente, tengo otros planes...

Conforme se acerca la fecha elegida los signos funestos se hacen cada vez más estremecedores: negros nubarrones se acercan por occidente, espesos mantos de nieve cubren las laderas de las montañas, los lobos descienden a los valles y los aldeanos cierran sus contraventanas y se acurrucan atemorizados en el rincón más oculto de sus casas. El invierno, que parecía que iba a faltar a su cita anual, se ha presentado por fin cuando ya nadie lo esperaba. Pasan los días y parece que los aguerridos socios, adormecidos por el calor del hogar, han olvidado que nuestro club tiene una vez más una cita con la gloria.

Cuando parece que todos se entregan a la molición o hacen planes para un futuro más alagüeño surge la imponente figura del Guía Organizador de la Excursión: saliendo lentamente de su tienda con su poderoso torso recubierto de reluciente armadura y empuñando sus bronceas armas se irguió en toda su aventajada estatura e hizo sonar su trompa. A la estridente llamada acudieron abogados, cónyuges de abogados, socios, amigos, invitados de todos los sexos o tendencias sexuales, razas, nacionalidades e ideologías, que se reunieron expectantes cubriendo la inmensa llanura y dirigiendo su anhelante mirada hacia el Guía. Por fin su voz resonó como una campana sobre todas las cabezas:

¡Abogados! ¡Mortales! La fecha que todos esperábamos y temíamos está llegando. Las heladas y profundas aguas del lago sagrado rodeado de descomunales montañas esperan nuestra visita largo tiempo ha anunciada. Nadie os dijo que iba a ser fácil cuando recibisteis la llamada. Sabíais que el invierno todavía no se ha retirado, que el viento aúlla en las negras gargantas y que las aguas descienden torrenciales arrastrando árboles centenarios y rocas inmensas. No os prometo la victoria porque eso solo está en manos de los dioses, tampoco la gloria ni pasar a la leyenda, porque el mundo olvida fácilmente, pero sí que prometo que los que lo intentéis sin desfallecer gozaréis de las bellezas de los más recónditos valles y montañas que separan nuestras tierras de las de los bárbaros del norte, que sentiréis la satisfacción de superar las dificultades que encierra el camino y sobre todo, sobre todo, que gozaréis de los placeres que puedan depararnos la legendaria hospitalidad de la humilde pero generosa casa de mi familia, situada allá donde las aguas que caen de las alturas se convierten milagrosamente en la energía que ilumina el mundo liberándonos de las tinieblas. Retiraos ahora, reponed fuerzas y reflexionad. Nadie está obligado pero cuando llegue el día los que hayan cruzado la línea ya no podrán volver atrás.

Escuchadas estas palabras la inmensa multitud se dispersó en silencio y volvió a sus quehaceres con poco tiempo para tomar la decisión que podría marcar el rumbo de sus vidas: ¿la comodidad o la gloria? ¿La aspereza del viento y la lluvia o los cálidos y dulces brazos de sus compañeros o compañeras? ¿El vértigo de las alturas o las acogedoras tierras del llano?

Llegado el día, y tras largas noches de insomnio y de dudas, solo tres se presentaron al pie de las montañas, tres amados por los dioses, tres dignos sucesores de los héroes de antaño, de Aquiles, de Ulises, de Eneas. Sus deslumbrantes figuras competían en apostura y arrogancia con las propias montañas, el brillo de sus miradas recordaba el reflejo del sol en las nieves eternas, la fuerza y agilidad de sus musculosos miembros se adivinaba bajo las livianas pero lujosas ropas que les protegían. Eran, en fin, la viva imagen del mítico "Montañero del REICAZ", pertenecientes a ese selecto grupo de hombres y mujeres capaces de los más grandes triunfos y de las más dignas y honrosas retiradas, cuando está justificado.

Digamos sus nombres: Víctor, el de la mente preclara y las ágiles piernas, José María, el de la voluntad indomable y los pequeños despistes y Javier, el Guía de la duda permanente y el trotecillo alegre.

Después de un cómodo viaje con la ayuda de sus ingenios mecánicos desde el valle bañado por el padre Ebro hasta las escarpadas tierras extremas del norte se reunieron en la célebre casa de la Central donde Eva, la legendaria anfitriona, les acogió y obsequió con los más deliciosos manjares, tan abundantes que hubieran bastado para saciar a personas de los tiempos actuales. Pero nuestros héroes antiguos, nunca satisfechos del todo, despertaron a los habitantes del cercano Mesón, les exigieron que sacrificaran el ternero cebado que esperaba el regreso del hijo pródigo y lo devoraron acompañado de generosas libaciones. Por fin cada uno se retiró a su blando lecho esperando impaciente la llegada del día.

Cuando los rosados dedos de la aurora acariciaron las más elevadas cumbres ya estaban en pie los tres audaces, devorando una vez más un succulento banquete que había de dar más fuerza si cabe a sus robustos muslos y pantorrillas para desafiar a la gravedad elevando sus cuerpos hasta donde la tierra alcanza la morada de los dioses. A pesar de los funestos augurios de los orates Zeus se mostró benévolo con sus hijos predilectos: las ligeras nubes que ocultaban el cielo no despertaban ningún temor en sus corazones, la temperatura era tibia como el abrazo de un amante, solo alguna gota de agua se desprendía a veces del firmamento sirviendo para aliviar el sudor de sus frentes. Quién sabe si algunos de los que renunciaron a la gloria habrían cambiado de idea si lo hubieran sabido, pero de nada sirve ahora lamentarse; solo los tres ungidos tendrán la oportunidad de demostrar su fuerza y valor, aunque en su espíritu generoso hay siempre un recuerdo para los compañeros que podrían haber gozado de la misma satisfacción.

Un rápido viaje remontando el río Cinqueta a bordo de uno de los vehículos mecánicos les conduce hasta el puente donde los pecadores eran arrojados a las atormentadas aguas que corren en el fondo de un vertiginoso abismo. Son los únicos seres humanos dispuestos a cruzar el puente y emprender la aventura. Un rápido y algo superficial, como luego se verá, repaso al equipo de combate, las armaduras ceñidas, los correajes bien ajustados, un último recuerdo para los seres queridos que han quedado en el valle y la reducida pero valiente tropa emprende la marcha.

El empinado sendero que hubiera causado pavor a otros mortales apenas es obstáculo para estos semidioses que se internan sin temor en el tenebroso bosque poblado por míticas criaturas mientras ven como las verdes y acogedoras praderas del valle se alejan bajo sus ligeros pies y se

acercan las escarpadas crestas que se confunden con las nubes, esas mismas nubes que de vez en cuando amenazan descargar su agua sobre los cuerpos de nuestros atletas. Su larga experiencia en similares combates les aconseja reforzar sus ligeros ropajes con otros más adecuados para posibles aguaceros pero, en su afán por aligerar lo más posible su carga, el esforzado José María no ha metido en su macuto la resistente túnica que podría protegerle en las más adversas circunstancias. Tiene que sacrificarse por el equipo y regresar al valle sin esperar a que el dios de la lluvia demuestre su furia. No importa: si los compañeros alcanzan la victoria la gloria será para todos. No hay tiempo que perder.

Los sobrevivientes ha superado ya la altura en que pocos arboles pueden vivir. Rebasan también un inmenso muro construido por hombres titánicos de otra época que intenta infructuosamente contener las furiosas aguas que descienden de las cumbres. Ya nada parece poder detenerles. La nieve está cercana pero no asusta a sus corazones. El arroyo inocente que en verano se cruza fácilmente se ha convertido en un furioso torrente pero saben que hay un puente que lo supera. Las nubes no dejan apenas caer el agua que almacenan e incluso se apartan a ratos para dejar pasar los rayos de Febo.

¿Qué son esas maderas retorcidas y despedazadas que se vislumbran entre los árboles? ¿Dónde está el puente? ¿Será posible que la furia de las aguas haya sido capaz de este destrozo? Por primera vez el corazón desfallece. Ningún mortal es capaz de atravesar semejante caudal sin tener los pies alados de Mercurio. Los dioses han dispuesto que hay que regresar cuando ya el éxito casi se toca con los dedos. ¿Qué hace un héroe de leyenda ante semejante adversidad? ¿Lamentarse? ¿Maldecir? ¡No! Sus rostros se iluminan y sus gargantas lanzan un grito de júbilo que retumba por las montañas y los valles: han triunfado, se han esforzado hasta el final, y no han luchado contra la naturaleza sino que se han unido a ella y han aceptado sus designios. Solo queda regresar al valle a reunirse con su compañero entonando alegres cánticos y golpeando rítmicamente sus escudos con los puños y las lanzas mientras la multitud enfervorizada arroja pétalos de flores a su paso.

Acompañados de la generosa Eva y de la misteriosa Elena, venida de tierras del este, se encaminan hacia el lugar a orillas de un plácido lago, muy diferente del que era el objetivo inicial, donde los descendientes de los que antaño vinieron desde el lado opuesto del planeta han preparado una hecatombe perfecta sacrificando toda clase de animales de los que, tras ofrecer a los dioses las piezas más selectas, nuestros atlantes dieron buena cuenta en un banquete que duró hasta el atardecer. Finalmente todos se retiraron hacia sus respectivos palacios donde sus familias les esperaban junto al calor de los hogares.

Escuchad ahora, si todavía tenéis paciencia, la sencilla enseñanza que podemos sacar de esta aventura: el oráculo no acierta siempre aunque creáis que está inspirado por los dioses. Escuchad antes a vuestros corazones.

Abril - mayo de 2018  
Javier Chóliz